

LAS GRANDES ETAPAS EN LA EVOLUCION DEL ESTADO NACIONAL Y SU
CORRESPONDENCIA CON LAS FASES DEL DESARROLLO DEL CAPITALISMO
EN AMERICA LATINA.

NOTAS PARA SU ESTUDIO

Por la Profesora:

Esther L. Maida

I . INTRODUCCION

En las primeras décadas del Siglo XIX se desenvuelve, en casi la totalidad de América Latina el proceso emancipador. Se cortarán los lazos políticos de dominación con las viejas metrópolis (España y Portugal), quebrándose a su vez, en lo económico, el monopolio colonial que nos ligaba a ellas, cubriendo el tramo final de un más largo proceso que se conoce como la crisis del Antiguo Sistema Colonial.

América Latina experimentará condiciones de fragilidad en la construcción de un orden post-colonial o, según Halperín Donghi, neocolonial. Largos períodos de anarquía se combinarán con ensayos de organización institucional y proyectos constitucionales fallidos o demorados y el corolario del surgimiento de caudillos fuertes y el militarismo como constante en la historia latinoamericana, darán su tono peculiar a esta vasta región.

En esta etapa post-independentista, que podríamos denominar "anárquica", se atisba una suerte de estado embrionario, invertebrado aún, débil e inestable con una situación de atomización y dispersión del poder político propia de un contexto precapitalista (1).

Una fase de transición hacia la formación de un estado estructurado más orgánicamente, a la manera del Estado Nacional Moderno, se puede ubicar, con fluctuaciones propias de la realidad de cada país, en el lapso que abarca las tres primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX. En el caso de Argentina esta fase formativa se opera entre 1860 y 1880, en términos generales (O. Oszlak).

Nuestro objetivo no es bucear en la génesis remota ni en la transición hacia formas más acabadas del fenómeno "Estado" en Latinoamérica, sino señalar las etapas, en su evolución más abarcativa y general, por las que atravesó hasta el

momento, luego de su conformación.

"La expresión clásico-moderna de la integración estatal de la sociedad es el Estado Nacional. Su formación es más que una unificación territorial-administrativa que reivindica soberanía "hacia afuera", monopoliza el poder contra los privilegios estamentales y las autonomías locales "hacia a dentro" y organiza los procesos de acumulación capitalista. Por consiguiente, no basta comprobar los obstáculos que encuentra el pleno desarrollo de un estado nacional en la heterogeneidad estructural de América Latina y su inserción tardía y dependiente en el mercado mundial y el sistema internacional" (2).

Hoy más que nunca preocupa, en torno a la situación latinoamericana, lo que se podría denominar "la resolución de la problemática de las tres D": Desarrollo - Dependencia - Democracia. La situación de fragilidad de nuestras instituciones democráticas inquieta singularmente. Si analizamos las grandes etapas en la evolución del Estado Nacional en América Latina y su correspondencia con las fases que atravesó el desarrollo del capitalismo en esta parte del continente, inevitablemente se nos aparece una situación de encrucijada o casi de desconcertante paradoja. En efecto, se advierte que "la promoción del capitalismo reposa sobre las violaciones de la institucionalidad e ideologías políticas que aquel reclama como el producto más genuino de su "espiritu". Se comprueba con estupor que el liberalismo económico requiere y genera despotismo político, derrumbándose así las expectativas optimistas... que suponían que el desarrollo capitalista de nuestros países lograría finalmente extirpar las plagas crónicas del caudillismo y la inestabilidad política, atribuidos precisamente a la debilidad del capitalismo latinoamericano, y afianzar definitivamente la democracia burguesa" (3).

El Estado como institución que organiza el poder políti

co es un fenómeno de las sociedades modernas y surge con el advenimiento del capitalismo. Solo podemos hablar de estado cuando tenemos una sociedad civil conformada en un proceso de diferenciación estructural y funcional que se va operando en el seno de la sociedad capitalista y donde se plasma la separación relativa entre la economía y la política.

La constitución de los Estados Nacionales en América Latina es una obra de sus oligarquías. Por ende, ligada al desarrollo capitalista y las características que el mismo presentó en la región.

Veamos ahora un breve panorama de sus etapas evolutivas las cuales, pese a los rasgos y matices diferenciales o a las modalidades peculiares de cada país, permiten analizar al proceso como un acompasado conjunto en nuestra vasta región.

II . EL ESTADO LIBERAL "OLIGARQUICO"

De entre las ruinas de las guerras civiles post-independientistas, que sacudieron a gran parte de los noveles países latinoamericanos durante la primera mitad del Siglo XIX, y superando el frágil marco del surgimiento de un orden neocolonial que también alcanzaría su madurez, emergieron, no sin dificultades, los Estados Oligárquicos.

Hacia fines del Siglo pasado, la mayoría de estos países habían logrado organizarse como un conjunto de jóvenes estados que creaban el marco propicio para un proceso acelerado de desarrollo capitalista, con la integración al mercado mundial.

Cual es el significado de este fenómeno político en el plano económico?: no es otro que la forma que adoptó el capitalismo en el ciclo de la economía primario-exportadora. Va-

le decir, la forma estatal que permitió y acompañó el proceso de desarrollo capitalista, "la expresión superestructural del proceso de implantación del capitalismo como modo de producción dominante en nuestras entidades sociales latinoamericanas" (4).

Encontramos una estricta correspondencia entre el carácter no democrático del proceso de organización del Estado y el carácter no democrático a su vez, que asume el Estado en este período. (Cf. A. Cueva).

Hacia 1880, con escasa diferencia de años, la difícil etapa de formación del Estado ha culminado y tenemos conformado el "Estado Moderno" en casi todos nuestros países. Dicho de otro modo, se ha puesto en marcha decidida hacia su consolidación el "Estado liberal-oligárquico". Entre sus caracteres fundamentales: esencia autoritaria manifiesta. El ejemplo más acabado estaría representado, según Cueva, por el estado "porfiriano" (México. 1876-1910), cuya modalidad política absolutista se impone en general en Latinoamérica. T. Halperín Donghi se refiere a la etapa de Porfirio Díaz como la del comienzo de la modernización mexicana teñida de positivismo y con acentuado progresismo autoritario. Acuña una esclarecedora denominación cuando la describe como la "Tiranía honrada" (5).

En nuestro país, la llegada de Julio A. Roca a su primera presidencia y el debatido "Proyecto del '80", inauguran la etapa de modernización argentina, la consolidación del régimen político liberal-conservador y el decidido progreso económico como país agroexportador definitivamente inserto en los vaivenes del comercio internacional. Como el Estado refleja la coronación de clases de una sociedad, cuando maduró nuestra burguesía agropecuaria y se terminó de constituir, hacia 1880, completó la tarea de creación del Estado. Este a su vez, dialécticamente, promoverá el desarrollo capitalista y la ampliación y fortalecimiento de esa misma burguesía.

En Uruguay, el régimen parlamentario vigente hasta 1876, será reemplazado por la dictadura de Lorenzo Latorre, quien realiza tareas similares a las que en nuestro país inició Rosas y completó Roca. Apoyado en los hacendados y los comerciantes exportadores, Latorre ofrecerá la fuerza coactiva del Estado para vencer la resistencia de la población campesina al alambrado de campos e imponer el sistema de trabajo obligatorio en las estancias.

La sujeción a un límite exiguo de páginas, no permite continuar la referencia a casos similares que ofrece el resto de la región. Bástenos acotar, siguiendo a Cueva, que este tipo de Estado autoritario ni siquiera está ausente en aquellas áreas latinoamericanas en las que el capitalismo encontró las condiciones más propicias para establecerse, tal como el caso de la Argentina. Desde luego que las situaciones varían de un país a otro dependiendo de una estructura desigual y que nos referimos a países que al iniciarse la etapa señalada, mal que bien, poseen un Estado Nacional y no a sociedades en las que el capitalismo se desarrolla en "enclaves" implantados por la ocupación extranjera. Pero es menester puntualizar que la recurrencia de ciertas constantes es sintomática. Es algo más que una mera coincidencia temporo-espacial.

Expresión de una vía de desarrollo del capitalismo, el Estado Oligárquico latinoamericano no pudo tener otra función que ser la instancia creadora de las condiciones necesarias para ese tipo de desarrollo. Por eso sus primeras tareas consistieron en forjar un marco jurídico-político adecuado a la realización de la acumulación originaria de capital y vencer autoritariamente toda resistencia que los grupos afectados pudiesen ofrecer (6).

A través de sus clases dominantes, especialmente de su sector hegemónico y dirigente, subordinaron las resistencias al nuevo pacto de dominación que giraba en torno a un prota-

gonista central, se llamase burguesía agropecuaria en la Argentina o burguesía minera en Perú, etc. Esa clase social tenía la llave que permitía resolver la integración de un vasto espacio geográfico al capitalismo mundial. Había que tener algo que ofrecer a los poderosos dueños de la escena universal del momento. Las economías periféricas debían concurrir con algo necesariamente demandado en esa división internacional del trabajo. Allí entonces estaban Chile con su cobre, México con su petróleo, Brasil con el café, Argentina con carnes y cereales, etc.

Ahora bien, esto no excluyó que el proceso general se resolviera en los marcos de regímenes políticos de naturaleza variada, a lo largo de la etapa. Se expresó en distintas formas: regímenes fuertemente presidencialistas (caso Argentina) o acusadamente parlamentarios (caso de Chile entre 1890-1920). En Brasil y Perú, por ejemplo, hubo una más rápida organización de los aparatos estatales. Pero todo, o casi todo, nos lleva a confluir en el carácter autoritario del Estado Oligárquico latinoamericano. De qué otra manera entonces las tareas acometidas que fueron "desde la supeditación de los "pilares" del antiguo orden hasta la expropiación masiva del campesinado, y desde la aniquilación de toda alternativa progresista hasta la reducción de los salarios y el alargamiento de la jornada de trabajo, hubiesen podido llevarse a cabo por vías políticamente democráticas?", (7). Sin duda el Estado Oligárquico fue el estado del "orden y el progreso" y no el del consenso y la conciliación de intereses.

Si acaso no resulta dificultoso ubicar el momento histórico del lanzamiento del desarrollo capitalista latinoamericano en su modalidad oligárquico-dependiente, en estrecha relación con la fase imperialista que se inicia en 1870-80, en cambio no es tan sencillo precisar cronológicamente la duración de dicha etapa en todo el contexto latinoamericano. Este punto no ofrece una cronología uniforme, ya que tenemos

casos como México en donde el comienzo del fin de esta etapa estaría marcado por el estallido revolucionario de 1910, o situaciones como las de Perú en donde su prolongación se puede seguir hasta 1968 o la de Ecuador, en la que algunos investigadores consideran arriesgado cerrarla en 1972. No obstante, es necesario acotar que 1930, con su alarmante panorama de crisis golpeando en el corazón mismo del capitalismo mundial, marca sin lugar a dudas en términos generales, el principio del fin de la vigencia plena del Estado Oligárquico en Latinoamérica. Pese a las variantes locales. Variantes que incluyen que la propia etapa abarcativa 1880-1930 haya sido sesgada por movimientos pendulares que complejizan aún más su análisis, como en el caso particular de Argentina. Aquí es preciso distinguir la "apertura de tres lustros" abierta como una brecha, representada por el Radicalismo en el gobierno desde 1916 hasta la caída de Yrigoyen en 1930, en donde no se alcanza a superar el modelo económico agroexportador pero alcanzó vigor, en el campo político, la presencia de netos caracteres antioligárquicos y la implementación de nuevas formas de relación entre el Estado y las clases subalternas.

El Estado Oligárquico, que consagró la supremacía inquestionada de las clases y fracciones vinculadas al mercado mundial tales como exportadores de bienes primarios y alimentos, importadores de manufacturas o financistas del comercio internacional, asumió, como hemos dicho, diversas formas políticas según los países. "Estas diferencias revelaban las condiciones particulares en que se había gestado el pacto oligárquico entre las fracciones burguesas, las capas terratenientes señoriales y el capital imperialista" (8). La heterogeneidad producida por las particularidades nacionales mostraba el grado hasta el cual el pacto oligárquico había sido capaz de establecer su hegemonía sobre el conjunto de la sociedad. En Argentina, por ejemplo, no cabe duda que el predominio oligárquico tuvo caracteres hegemónicos ya que durante

un prolongado período dirigió intelectual y moralmente a las clases subalternas logrando que estas pensaran de acuerdo a los intereses del sector dirigente. Este tenía un proyecto claro de país y logró articular un cierto consenso que hizo que el mismo perdurara.

Retomando el punto sobre la vigencia del Estado Oligárquico en América Latina, señalaremos que fue solamente en Argentina donde esta forma perduraría hasta 1946, que adaptaciones exigidas por la coyuntura de un capitalismo mundial en crisis, cuando en el resto de la región no pudo sostenerse. En nuestro país la gran burguesía no solo retomó el poder sino que hizo los reajustes para paliar un problema que juzgaron, erróneamente, pasajero (Trat. Roca-Runciman, por ej.).

Aquí el pacto de dominación, cual sustento material del Estado, había contemplado en su alianza a:

- a) la burguesía agropecuaria (capitalistas que empleaban mano de obra asalariada, mayormente de origen inmigratorio. No hubo indios enfeudados como en otros países);
- b) la burguesía comercial o "compradora" (grandes intermediarios del mercado internacional ligados al Puerto de Buenos Aires);
- c) el capital extranjero;
- d) el sector de terratenientes marginales (oligarquías del interior o aristocracias que se aburguesan en rápida transformación. La famosa Liga de Gobernadores fraguada por Roca, no fue otra cosa que integrar al pacto hegemónico de dominación a las zonas precapitalistas o marginales del país, como los azucareros del Norte, los viñateros de Cuyo, etc.).

III. FASE PROGRESIVA DE DESCOMPOSICION DEL ESTADO OLIGARQUI- CO.

En la generalidad del contexto latinoamericano, 1930 es el hito clave en la demarcación del fin de la etapa que apuntamos. La crisis de 1929-30 y sus proyecciones, exigiendo un reacomodamiento del sistema capitalista a escala internacional, hirió gravemente al Estado oligárquico-liberal al determinar el comienzo del derrumbe del modelo económico primario-exportador. Aquel, basado en el modelo de acumulación capitalista a nivel internacional, pierde base de sustentación al colapsar éste.

Los países latinoamericanos se enfrentan al cierre de mercados y a una brutal caída de los precios. El retroceso de la gran burguesía primario-exportadora requiere ahora inmediatamente de un reemplazante que aparezca en escena. El espacio debe cubrirlo una burguesía industrial, pero esta no llega a tiempo para armar rápidamente un nuevo pacto social. Al declinar el centro, el viejo pacto en la periferia no puede resurgir. En Argentina no aparecerá un nuevo pacto hasta 1945, finalizada la Segunda Guerra Mundial. Pero en este país, el reacomodamiento en un cuadro de economía agroexportadora en retroceso, impulsa fuertemente el desarrollo de otras actividades, para lo cual se requiere una decidida intervención estatal. Es preciso seguir manteniendo los niveles de ingreso de los sectores dominantes (industrialización vía política de sustitución de importaciones, juntas Regulatoras, control de cambio, etc. durante el gobierno de A.P. Justo, por ejemplo).

Se inicia una fase de transición que termina de ajustarse con la Segunda Guerra Mundial. La década del '30, consecuentemente con la descomposición progresiva del Estado Oligárquico, asiste a la gestación de un estado de nuevo tipo que se cristalizará recién con la etapa populista.

La crisis que se abre en el '30, no produjo exactamente los mismos efectos en el campo político, en todos nuestros países. Mientras en Argentina resurge el poder oligárquico luego del derrocamiento de Yrigoyen, en Brasil precipita la revolución que da paso al gobierno populista de Getulio Vargas, apoyado en las capas medias.

Por otra parte, en la Argentina de esos años se producirán una serie de hechos que pasaron inadvertidos en el momento. La industrialización sustitutiva estimuló corrientes de acentuada migración interna (peyorativamente denominados "cabezas negras" de las regiones marginales más pobres del país, bajan hacia la localización de industrias de la ciudad y Gran Buenos Aires). El fenómeno, no advertido en su exacta magnitud, sembrará el desconcierto de los sectores dominantes cuando estalla la jornada del 17 de octubre de 1945.

IV . EL ESTADO POPULISTA

Comienza a emerger en América Latina generalmente en el segundo lustro de la década del '40. "El Estado Populista fue la expresión de una sociedad en la cual las clases populares lograron un cierto avance en la democratización sustantiva" (9).

La crisis de la hegemonía oligárquica fue provisoriamente resuelta por el surgimiento de este tipo de estado, cuya expresión política fue una democracia de base popular, ligada, en situación de "hegemonía compartida" a los sectores agrarios decadentes, a instituciones militares y al capital imperialista.

"Los regímenes bonapartistas, cuyas diferencias nacionales no eran menos agudas que las que en el pasado diferenciaban a los Estado Oligárquicos, desempeñaron tareas decisivas en la nueva fase de desarrollo capitalista iniciada luego de

la gran crisis de 1929: facilitaron el ascenso de la burguesía nacional poniendo en vereda, pero sin eliminarlos, a sus enemigos oligárquicos; encuadraron al movimiento obrero, a través de tácticas diferentes, integrándolo al Estado y garantizándole su acceso al mercado de consumo" (10).

El colapso de la economía primario-exportadora a partir del '30, irá determinando las bases para la formación de una nueva alianza social o un nuevo pacto de dominación cuyos elementos esenciales serán:

- a) la nueva burguesía industrial,
- b) la clase obrera que crece como resultas del proceso de industrialización latinoamericano que, en términos generales se acentúa en los finales de la Segunda Gran Guerra.
- c) Algunos estratos medios ligados al sector servicios y burocracias urbanas, propias de la complejización que va adquiriendo el Estado.
- d) Las Fuerzas Armadas. Aparece aquí un elemento nuevo: los que se habían mantenido hasta el momento solo como "los guardianes" del Estado Oligárquico, aparecen con una presencia fuerte que no dejará de acentuarse. También es de notar la presencia de las masas populares en el Estado, antes marginales y sin canales de expresión directa. De la mano de los procesos acelerados de urbanización e industrialización se constituirán como una base completamente nueva.

Es interesante recalcar en el caso argentino: junto con el Brasil, nuestro país fue uno de los más altamente receptivos de flujo inmigratorio ultramarino. A partir del corte o disminución de las corrientes migratorias internacionales, ¿quiénes engrosarán aquí las filas de una nueva clase obrera en expansión?: sin duda los criollos de áreas marginales del

interior. Políticamente no fueron ganados por las agrupaciones de izquierda que hablaban en un lenguaje ininteligible y extraño a su reducido mundo de vivencias. Los partidos políticos argentinos no entendieron el fenómeno y además se produce una especie de colapso de los partidos de vieja raigambre obrera europea que habían surgido al calor del impacto inmigratorio masivo iniciado en 1880.

Una figura salida de las Fuerzas Armadas surgirá en el horizonte político argentino con el golpe militar de 1943: el Coronel Perón. Fue el primero que se percató de la formación de ese emergente sector popular "en disponibilidad" (Gino Germani) y a la espera de un liderazgo de nuevo tipo, que no puede provenir de la izquierda argentina del momento.

La presencia de las masas requiere un nuevo actor y este proviene de las Fuerzas Armadas, institución patrocinada por el Estado que le dá a la nueva alianza la capacidad de controlar a los sectores populares y esto será un fenómeno casi general en toda América Latina en los años de la década del '40 y comienzos de los '50.

El populismo entraña una audaz política estatal de incorporación de los sectores obreros, lo cual asegura a la nueva alianza una capacidad variable según los países (mayor en México y Brasil, poco menor en Argentina). Es oportuno marcar que en algunos la experiencia populista se da sin mediar el colapso de las formas políticas de la democracia burguesa. En Argentina, en cambio, se desploma la democracia burguesa ("democracia" del fraude oligárquico y con prescripciones de los años '30).

Tanto en Argentina, como en Chile, como en México, el Estado Populista implicó la puesta en marcha de políticas de consolidación del mercado interno, de protección industrial, de planificación económica y de significativa redistribución de ingresos en favor de los sectores obreros organizados y

en favor de las capas medias, a través del mecanismo salarial, previsional y de amplios programas en salud pública, educación, vivienda, etc. Se pone en marcha el modelo llamado del "estado de bienestar" con creciente intervención estatal. Durante la posguerra, los estados latinoamericanos intervienen activamente como garantes de la paz social dinamizando el proceso de industrialización sustitutiva, que fue posible en la medida que se lograra mantener la tasa de crecimiento de la economía industrial, directamente influenciada por la capacidad de cada país en la importación de insumos crecientemente complejos y costosos. Cuando el fin de la guerra de Corea marcó una nueva fase de reorganización del capitalismo de la posguerra, unos tras otros fueron declinando los países latinoamericanos en la sustitución de importaciones. Los primeros años de la década del '50 hacen visibles también, los efectos del estancamiento agrario.

Las alianzas populistas, salvo en caso de México con la reforma agraria durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, jamás cuestionaron la inviolabilidad de los grandes terratenientes. El papel de las Fuerzas Armadas garantizó la intangibilidad de la gran propiedad agraria. Sin modernización y crecimiento del sector primario no era posible continuar el avance industrial. El bloque populista se frena así en su capacidad de mantener las políticas de integración social. En todas las experiencias de alianzas populistas en América Latina, se inicia la fase de abortamiento del proceso de industrialización.

La burguesía industrial o burguesía nacional no pudo recomponer la vacancia hegemónica abierta por el colapso de la burguesía agraria. Los liderazgos populistas, incapacitados para hacer frente a las presiones de esa alianza social, van cayendo al promediar la década del '50, (suicidio de Getulio Vargas en Brasil, en 1954, derrocamiento de Ibáñez en Chile en 1958, de Perón en Argentina en 1955, etc).

Entre el fin de la etapa populista y la implantación de dictaduras militares fuertes de las últimas décadas, algunos países latinoamericanos tuvieron un "breve interludio desarrollista", visualizado claramente y con matices diferenciales según el país (En Argentina el desarrollismo Frondi-Frigerista de la presidencia trunca de Arturo Frondizi; etapa de la Democracia Cristiana chilena durante el gobierno de / Frei).

V. EL ESTADO DICTATORIAL

En la década del '60 se asiste en gran parte de Latinoamérica, a la implantación de formas estatales autoritarias donde la intervención de las fuerzas armadas es una constante coacción "al servicio de la interrupción de procesos que numerosos sectores sociales vivían como una profunda crisis" (11).

Una vez agotado el tiempo de la política de conciliación de clases que había constituido la esencia profunda del bonapartismo de la etapa populista, sobrevino la ruptura de la alianza entre el proletariado industrial y los capitalistas nacionales. La crisis política resultante, de variables niveles de intensidad y amenaza, será "resuelta" con "la inauguración de una nueva forma de Estado capitalista de excepción, la cual, a pesar de la maciza presencia de los militares en los aparatos estatales, no puede ser identificada con la "clásica" dictadura militar latinoamericana, así como tampoco se la podría asimilar, no obstante el uso sistemático de métodos terroristas de control político, con la dictadura fascista" (12).

La emergencia de modalidades inéditas en su carácter desmovilizador y represivo de estas dictaduras, que "se sitúan en una fase distinta de la evolución del capitalismo mo

nopolista" (13), hacen que se las denomine indistintamente "fascismo-dependiente", "neofascismo", "burocrático-autoritarias", "dictaduras burocrático-militares", etc. Presentan sustanciales diferencias en el paso de una década a otra. "Si en los golpes de la Década del sesenta las Fuerzas Armadas intervinieron con una intención fundamentalmente preventiva y restauradora, los golpes del setenta tuvieron una orientación bastante más radical: detener un proceso que parecía a un paso del colapso final de sociedad, economía y estado y que, por lo tanto, requería bastante más que la restauración del orden social preexistente" (14).

Se observarán nuevas tentativas para resolver la crisis originada por el agotamiento del modelo de crecimiento denominado "hacia adentro" (industrialización sustitutiva) y aparecerá una nueva modalidad de acumulación capitalista en América Latina, en correlato con la etapa del capitalismo monopolístico y la fuerte presencia de los oligopolios o corporaciones transnacionales.

En las formaciones sociales de los países periféricos del sistema capitalista mundial, nuestro caso, sufre mutaciones significativas la composición del bloque dominante. El nuevo pacto de dominación estará signado por el ascenso hegemónico de la burguesía monopolística internacional, cuyo aliado regional en Latinoamérica será una burguesía nacional que había emergido en la etapa populista y que ahora se presentará débil, subordinada y sin un claro proyecto de desarrollo nacional a resolver dentro de marcos de un capitalismo racional y democrático. El vacío hegemónico y político que deja este sector, será ocupado por las Fuerzas Armadas, que de ser un socio más en la alianza pasa a ser un socio fundamental que asume la dirección política del proceso de acumulación con "manu militari".

Con respecto a nuestros países del Cono Sur, Atilio Borón expresa: "Si en el pasado el desarrollo capitalista en A

mérica del Sur no había sido capaz de constituir un régimen democrático-burgués estable y legítimo, su logro en los últimos años ha sido el haber dado origen a una nueva forma de dictadura, fundada en una intensificación y diversificación sin precedentes de la coerción estatal" (15). La represión brutal fue el rasgo esencial y no un simple exceso momentáneo del nuevo modelo económico. A tal punto que la policía política de Mussolini ya se nos aparece, por comparación, casi como una suerte de "organización filantrópica".

VI . EL ESTADO ANTE LA INCOGNITA DE NUESTROS DIAS

¿Subsistirá la democracia que esforzadamente va ocupando la escena política en los últimos años, en varios de nuestros países?. Aquí volvemos al punto de partida: las formas evolutivas del Estado y su correspondencia con las fases del desarrollo capitalista, y la resolución de la "problemática de: Dependencia - Desarrollo - Democracia.

Al parecer, los grandes cambios necesarios en el escenario latinoamericano no se resolverán solo por la vía nacional, que es importante, sino también por el camino de una reorganización profunda del sistema internacional. La relación con el espacio internacional se presenta inevitable.

Si la "democracia burguesa" implica el desmantelamiento de la modalidad acumulativa de las dictaduras y si se torna imposible la democratización sin que medie la modificación sustancial de las políticas económicas y sociales en nuestra región, entonces nos enfrentaríamos a una situación en apariencia "sin salida".

A pesar de que las economías de la periferia han sido traspasadas por los intereses transnacionales y que los sectores industriales, en crisis, no han presentado un proyecto claro, es aún dable pensar que una vía, en esta etapa, resi-

diría en la presencia de fuertes burguesías nacionales de nuevo impulso, decididamente dispuestas a lanzarse en el camino de proyectos nacionales de desarrollo capitalista, racional y democrático, dentro de las posibilidades que ofresca el marco internacional.

* * *

NOTAS

- 1) A. CUEVA. El desarrollo del capitalismo en América. p. 127.
- 2) Norbert LEHNER (Comp.) Estado y Política en América Latina. S. XXI. México, 1986. p. 16.
- 3) Atilio BORON. Entre Hobbes y Friedman: Liberalismo económico y despotismo burgués en América Latina" (xerox).
- 4) Agustín CUEVA. Op. Cit.
- 5) Tulio Halperín DONGHI. Historia Contemporánea de América Latina.
- 6) Cf. A. CUEVA. Op. Cit. pág. 132 y ss.
- 7) Ibidem. p. 141.
- 8) Atilio BORON. Op. Cit. p. 57.
- 9) Ibidem. p. 58.
- 10) Ibidem.
- 11) Guillermo O'DONNELL. Las Fuerzas Armadas y el Estado autoritario del Cono Sur de América Latina. En Estado y Política en América Latina N. LECHNER (Comp.)
- 12) A. BORON. Op. Cit. p. 59.

- 13) A. BORON. "EL Fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina". Revista Mexicana de Sociología. P. 509.
- 14) Guillermo O'DONNELL. Op. Cit. p. 201.
- 15) A. BORON. De Hobbes a... P. 61.

* * *